

II.

Pocos son los días que, por una ú otra razón, no recordemos una chistosa aunque amarga y profunda caricatura que vió la luz no ha mucho tiempo en un periódico ilustrado del extranjero. Representaba esta caricatura tres *cucañas* de esas que, con un premio en lo alto, levantan en forma de un palo, untado de sebo, en las plazas de nuestros lugares en los días de fiesta y de regocijo. Por la primera trepaba un robusto mozo en presencia de un numeroso público, que le animaba con sus voces y ademanes, para que llegase á desatar el premio, y un rótulo decía debajo, en caracteres rojos: *Cucaña francesa*. Por la segunda ascendía otro individuo, y la gente lo veía subir silenciosamente, aunque atenta, y otro rótulo de letras blancas decía al lado: *Cucaña ingle-*

*sa*. Por la última se esforzaba en subir un tercero, y la gente que por allí había, en vez de ayudarle en su ascensión ó de verle subir tranquilamente, procuraba desanimarle con gritos y silbidos, y hasta había algunos que se colgaban de sus pies para echarle abajo. Esta tercera y última *cucaña* ostentaba en caracteres negros este lema: *Cucaña española*.

Y así es, en efecto. Apenas despunta en nuestra patria una notabilidad en cualquier arte ó ciencia, y se apresta á trepar con brío por las ásperas cumbres de la gloria, cuando le sale al encuentro la ruin envidia, que, como herencia, nos legaron, con su sangre, los moros, para hacer estériles sus esfuerzos, introduciendo en su ánimo el desaliento y la confusión.

Y luego, los mismos que esto hacen se quejan de nuestra falta de sabios y de artistas.

Estos mismos días vimos en un periódico de esta corte amargas quejas y lamentos porque los estudios históricos no florecían en España, y en el mismo periódico y por aquellos mismos días se censuraba agríamente el que la Academia de la Historia, respondiendo á los fines de su instituto,

hubiera elegido para académico á uno de nuestros más ilustres *epigrafiistas*, infinitamente más conocido en el extranjero que en España, al sabio hijo de San Ignacio, el P. *Fidel Fita*.

No, no nos faltan, ciertamente, sabios; lo que falta en España, por desgracia, es público que los estudie y gobiernos que los protejan.

¿No tenemos bien á la vista numerosos ejemplos de hombres doctísimos, cuyas obras, que corren impresas por el extranjero, apenas son conocidas en España?

Citemos, entre mil que pudiéramos, tres ejemplos:

D. Aureliano Fernández-Guerra, verdadera gloria nacional, sabio historiador é ilustradísimo literato, cuyos trabajos encomian los sabios alemanes con admiración y con respeto, tiene, entre sus colosales trabajos históricos, propios de un benedictino, escrita una obra histórico-geográfica referente á épocas y lugares importantísimos de España. Fragmentos de esta obra han visto ya la luz en Alemania. En España no se ha podido publicar, porque el Sr. Fernández-Guerra, modesto empleado que fué en la dirección

de Instrucción Pública, no podía costear la edición de una obra que, de seguro, en España no se habria vendido.

D. Pascual Gayangos, cuyo nombre es familiar á todo literato en Inglaterra y Francia, recorre hoy los archivos de España, es verdad, pensionado.... ¿por el gobierno español, ó por encargo de alguna rica casa editorial? No; por encargo del gobierno inglés, que, más atento que los nuestros á sus grandes intereses intelectuales, tan íntimamente relacionados con los morales y materiales, desea conocer los documentos referentes á su historia que encierran los archivos españoles.

El difunto marqués de Pidal, de cuyas condiciones personales no hemos de decir una sola palabra, pero cuyo nombre, conocido de antiguo en la república de las letras, y la circunstancia de haber encontrado en los archivos de la Inquisición documentos inéditos importantísimos, parece que debía despertar la curiosidad sobre una obra histórica relativa al punto más importante de nuestra historia, tuvo que regalar la edición que hizo de *Las alteraciones de Aragón durante el reinado de Felipe II*, mientras M. Ma-

gnabal, que la tradujo al francés, vendió en el extranjero con profusión la misma obra.

Estas reflexiones, que casi sin querer se nos vienen á los puntos de la pluma, atraídas por sucesos recientes, tienen aquí un lugar oportuno, tratándose del joven español Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Apenas vió la luz pública nuestro artículo referente á este ilustradísimo joven, en *La España* del sábado último, cuando algunas personas se apresuraron á tacharlo de hiperbólico, fundadas en que, si no hubiese exageración en lo que decíamos, el Sr. Menéndez y Pelayo sería mucho más conocido; error manifiesto é imperdonable en personas que conocen nuestro modo de ser.

Hubiera nacido en Francia ó en Alemania el Sr. Menéndez, y tendría fuerza el argumento; hubiera él sentado plaza en las filas del *armonismo*, del *neo-kantismo*, ó del *positivismo*; escribiera en tono dogmático y sibilino párrafos en *jerga* de la moderna *germania*, ó frecuentase el Ateneo, el Casino de la prensa ó el salón de Conferencias del Congreso, y ya sería otra cosa. *La Correspondencia* nos tendría al pormenor hasta de sus más íntimos detalles; pero tratándose de un

individuo de la *generación que se educa con estudios de cal y canto*; tratándose de un *ultramontano*, que es ultramontano porque sabe, y que no vocifera en los clubs, ni excomulga desde los periódicos, ¿quién se ha de acordar de él, como no sean los que, aunque de lejos, siguen el movimiento del verdadero progreso intelectual de nuestra patria? Y los que esto hacen, se encuentran con que, lejos de ponderar con exceso los merecimientos de Menéndez y Pelayo, los hemos expuesto con moderación manifiesta, por temor á la inverosimilitud que de su coetejo con la edad de su poseedor resulta.

Pero más audaces (sin duda por la autoridad que les asiste), pregonáronlos filósofos ilustres, como Fr. Zeferino González y Caminero; literatos y críticos, como Laverde y Ruiz, y Milá y Fontanals; y escritores como el P. Mir, el cual asegura «que contrasta á maravilla el verdor de sus años con la grandeza del ingenio, la madurez del juicio y su erudición inmensa y bien aprovechada»; «que sus obras honrarían á cualquier autor cuya cabeza hubiera encanecido en el estudio, y cuya pluma se hubiese ejercitado largos años en escribir sobre las cuestiones

más arduas y difíciles», asegurando Laverde que «ha dado muestras de estar cortado por el patrón de los Nebrijas, Vives y Brocenses», y que «el caudal de doctrina y de noticias (muchas harto nuevas), la madurez y penetración de juicio, la destreza polémica, el orden amplio y desembarazado, y la soltura, originalidad y abundancia de estilo que ostenta en sus *Cartas*, hácenlas dignas de ponerse con los dechados del género en nuestra lengua», considerando «maravilloso en un joven de veinte años tal conjunto de cualidades, que pocas veces aparecen reunidas», y llamándole «émulo de Burgos» por sus *Estudios poéticos*; todo lo cual autorizó á Caminero para considerarle ya como «una gloria nacional», y para que el P. Zeferino, en cartas que tenemos á la vista, declare que, «atendidos su extraordinaria erudición, su criterio recto y bastante seguro, podrá ser con el tiempo una gloria del Catolicismo y de España, y una espada temible á los adversarios de la patria y de la Iglesia».

¿Qué tiene, pues, de extraño que nosotros, que después de todo no hemos hecho más que relatar sucesos y mencionar hechos incontrovertibles, rindamos tributo á tales

merecimientos, haciendo, por fin, nuestras estas palabras de Laverde, relativas á Menéndez y Pelayo: «Niéguenle su admiración con afectada superioridad la ruin envidia y la vanidosa pedantería; yo no sé reprimirla ni quiero disimularla; hallo en abandonarme á ella especial fruición, mezclada de noble y legítimo orgullo»?

Y dicho esto, fácilmente se comprenderá la natural repugnancia y embarazo con que entramos en la segunda parte de nuestro estudio, descartada ya la primera, que consistía en dar á conocer á nuestros lectores á Menéndez y Pelayo, y la victoria que sobre los ejércitos racionalistas había obtenido.

Pero si el nombre y las condiciones de Menéndez y Pelayo nos imponen cierto justo temor al oponer á algunas de sus afirmaciones doctrinales otras nuestras, aliéntanos en tan difícil empresa la firme y arraigada convicción que abrigamos de la bondad y la justicia de la causa que defendemos.

¿Hay *filosofía española*? ¿Fué ésta la mayor manifestación de nuestro genio? En la ruina de toda verdadera filosofía á que asistimos, ¿debemos volver los ojos, para reparar tanto daño, á la filosofía española?

He aquí, con la mayor claridad que es dado á nuestra pluma, planteados los tres problemas más fundamentales relativos á la *existencia*, *importancia* y *valía* de la *ciencia española* en su parte filosófica ó especulativa.

Procedamos con método, y procuremos fijar bien los términos de cada cuestión. ¿Hay filosofía española? Si por filosofía entendemos aquel conocimiento de verdades relativas á Dios, al mundo y al hombre, que con determinadas limitaciones nos da la ciencia filosófica, claro está que no puede haber filosofía española, ni alemana, ni francesa, porque ni la verdad tiene patria, ni los conceptos de Dios, del hombre y del mundo se pueden encerrar en los estrechos límites de una nacionalidad cualquiera.

Si en vez de considerar la filosofía bajo el punto de vista de su organismo científico, la consideramos bajo el punto de vista de su desarrollo histórico, claro es que allí donde haya habido filósofos habrá habido filosofía, y en este punto el Sr. Mehéndez y Pelayo ha puesto la ceniza en la frente á los señores Azcárate, Sanz del Río, Salmerón y Revilla, como dijimos ya en otra parte.

Pero la existencia de filósofos en un país,

¿autoriza para bautizar con su nombre á un organismo científico, cuando no se considera el aspecto histórico de la ciencia? Más claro: ¿se puede decir, en lenguaje técnico, *filosofía alemana* y *filosofía española*? Distingo: si los caracteres generales ó dominantes de todos los filósofos de aquel país coinciden en una nota característica, sí; si no, no. El término *filosofía alemana*, en rigor, es malo (siempre bajo el punto de vista filosófico, no histórico), porque comprende bajo una común denominación filosofías tan distintas y aun opuestas como las de *Leibnitz* y *Hegel*; y sólo se admite en cuanto bajo este nombre comprendemos el conjunto de los sistemas que, á partir de Kant y hasta Krause, vienen más ó menos informados por la nota común y característica del idealismo panteísta.

En este sentido, propiamente hablando, no se puede decir que hay *filosofía española*; pues la única nota característica de gran importancia que une á casi todos nuestros filósofos y sistemas, es la del Catolicismo; pero esta nota, considerada sólo, por decirlo así, negativamente, es muy vaga, y no basta para dar carácter á una filosofía. Para

que el Catolicismo imprima este carácter, no basta que en ella se salve el Catolicismo *quo ad substantiam*; «es necesario, como dice elocuentemente el sabio filósofo español Fr. Zeferino González, que el principio católico se revele y palpite en el fondo de la solución, no sólo de todos los grandes, sino hasta de los secundarios problemas filosóficos; es necesario que el principio católico informe y vivifique el organismo filosófico hasta en sus derivaciones más remotas y en sus miembros todos, á la manera que el alma informa y vivifica y extiende su acción hasta las extremidades y partes menos principales del cuerpo».

Así, pues, podremos decir, contra lo que creen los racionalistas, que en España hubo filósofos ilustres y originales, fundadores de sistemas tan célebres como el *senequismo*, el *isidorianismo*, el *averroismo*, el *maimonismo*, y principalmente el *lulismo* (no admitimos el *suarismo* como sistema filosófico distinto del *tomismo*) y el *vivismo*; podremos decir que estos últimos sistemas representan las tendencias del genio nacional en dos momentos distintos de su historia; podremos decir que sería incompletísima toda historia

de la filosofía que no tuviese en cuenta estos y los anteriores sistemas que florecieron en España; pero no podemos decir que con nombrar la *filosofía española* hemos indicado una tendencia importante, ya porque fuese común á los filósofos, como cuando al decir *alemana* nos referimos al idealismo panteísta, que en su momento más importante domina; ya porque fuera única y universalmente reconocida su trascendencia, como cuando decimos *francesa* nos referimos al *cartesianismo*, única y trascendental, aunque con bien infausta trascendencia, filosofía original y propia que poseen los franceses.

¿Fue la filosofía la mayor manifestación de nuestro genio?

Entendiendo por filosofía los sistemas puramente filosóficos á que hemos aludido, no; pues por eminentísimos que fueran, que lo fueron mucho, nuestros filósofos, y por variados y completos que fueran sus sistemas, más brillaron todavía nuestros teólogos y nuestros literatos, sin que por eso pretendamos nosotros disminuir en lo más mínimo el mérito que en ellos, con mayor fundamento que nosotros, reconoce el Sr. Menéndez y Pelayo.

En la ruina de toda verdadera filosofía á que asistimos, ¿debemos volver los ojos á la filosofía española?

Entendiendo por *filosofía española* el *senequismo*, el *averroismo*, el *maimonismo*, el *lulismo* y el *vivismo*, claro es que *no*; y la razón es obvia: el error total sólo con la verdad total se destruye, y para nosotros la verdad total no se contiene en esos sistemas, incompletos unos, erróneos otros, y otros, á nuestro humilde parecer, un tanto *habalísticos* ó un tanto *eclécticos*.

No faltará seguramente alguno que, al leer nuestras respuestas, no acierte á comprender cómo salen de nuestra pluma semejantes afirmaciones, ni pueda concordarlas con todo lo que anteriormente llevamos dicho; pero su asombro cesará fácilmente cuando le hayamos manifestado el resto de nuestra opinión sobre el asunto, con lo que se da fácil solución á todas estas dudas.

Si alguna filosofía merece el nombre de filosofía en absoluto, el nombre de *perennis philosophia* que dijo Leibnitz, y el nombre de *filosofía española* en particular, no es otra que la grande y sublime filosofía *escolástica*, tal como la fijó la diestra inmor-

tal del Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino.

España, fiel á la tradición de las escuelas cristianas de Sevilla y de las mozárabes de Córdoba, vió con pena arribar á sus costas al *averroismo*, el gran corruptor de la filosofía de las escuelas, y vió, á ruegos de uno de sus mayores Santos, venir escrita especialmente para ella misma la *Suma contra gentiles* de Santo Tomás de Aquino. Los hijos de Santo Domingo de Guzmán, maestros en esta filosofía, esparcieron su conocimiento en España, cuna de su Orden, y cuando la cristiandad llamó á concilio á sus sabios, España asombró á la cristiandad, convocada en Trento, con el número y calidad de sus filósofos y teólogos.

La filosofía *escolástica*, esta filosofía á la que Leibnitz llamaba *filosofía española*, no tenía nombre particular, porque no era una idea ni sistema parcial, una invención particular; era la verdad toda, y completada por la teología, que explicaba á su vez, formaba un todo vivo y compacto, un verdadero organismo científico, al que venía estrecho el nombre de filosofía, y al que hubiera sido menoscabar bautizarle con un

nombre particular que no fuera el de filosofía del Ángel de las Escuelas.

Y no porque no tuviera nombre indígena como el *vivismo* ó el *lulismo*, ni pudiera llamarse á secas *filosofía*, dado que estaba completada con la *teología*, formando completo y acabado organismo, hemos de negarle el carácter de *filosofía española*, dado que la profesaron nuestros mayores sabios, se enseñó en nuestras más célebres Universidades, y se informó con ella nuestra literatura, nuestro derecho y hasta nuestras artes.

Considerada así la cuestión, tenemos ya respuestas que dar á las anteriores preguntas, muy diferentes de las que dimos antes.

¿Hubo *filosofía española*? Sí, la hubo, mayor que en alguna otra parte, salvo Italia, patria de Santo Tomás. ¿Fué ésta la mayor manifestación de nuestro genio? Sí; que nunca alcanzó España gloria más grande que la que le dieron sus teólogos escolásticos en el siglo xvi. En la ruina de toda verdadera filosofía á que asistimos, ¿debemos volver los ojos á la filosofía española? Sí, porque esta filosofía es la *perennis philosophia* de que nos hablaba Leibnitz, la

única verdadera, la única completa, la única católica, entendiendo por católica, no la que salva el catolicismo *quo ad substantiam*, en cuanto no se opone á él, sino la que informa el Catolicismo, como informa el alma intelectual al cuerpo humano hasta en sus más apartados é imperceptibles átomos.

Pero ya estamos oyendo decir á algún admirador del Sr. Menéndez y Pelayo, que nosotros pecamos exagerando lo mismo que el Sr. Menéndez y Pelayo confiesa; pues, tanto enfrente del Sr. Azcárate como del señor de la Revilla, ha proclamado como *filosofía española*, al par de las otras, la filosofía *escolástica*, y que los nombres con que les abrumó pertenecen la mayor parte de ellos á adeptos de esa filosofía.

Así es, en efecto; pero si bien es cierto que el Sr. Menéndez y Pelayo encarece enfrente de los racionalistas á la *escolástica*, considerándola como la *tercera parte* de la *filosofía española*, asegurando que es nuestra por *derecho de conquista*, y llamándola «uno de los sistemas más completos, luminosos y prepotentes que han ejercitado el entendimiento humano», también lo es (aparte otros pecadillos sobre que volveremos lue-



go) que para el Sr. Menéndez y Pelayo el *escolasticismo* «no es el sistema primero ni único de la filosofía cristiana», sino «un campo del que en ocasiones le aparta algo de aquella *santa ira* que dominaba á los humanistas del Renacimiento», para volver los ojos á «la falange brillantísima de *peripatéticos clásicos* y de esos otros pensadores *ecléticos* é independientes que pudieron escribir en su bandera el lema de *ciudadanos libres en la república de las letras*», y para entusiasmarse con el «siglo aquel» en que, entre otras muchas cosas, no «solían escasear las acerbas invectivas contra la barbarie de la escolástica», y que «ofrecía el espectáculo de independencia y agitación filosófica que caracteriza á España en aquella era en que todos los sistemas á la sazón existentes tenían representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de esos espíritus, osados é inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos, cada cual á su manera, sembradores de nuevos gérmenes y nuncios de ideas y teorías que proféticamente compendaban los varios y revueltos giros del pensamiento moderno».

Y como si esto no bastase, no es menos cierto que, lo mismo el Sr. Menéndez y Pelayo que su paisano y amigo el Sr. Laverde, se entusiasman con *Vives*, que es para el señor Laverde un segundo Santo Tomás de Aquino, y con la resurrección de cuya doctrina sueñan, exclamando el Sr. Menéndez y Pelayo: «¡Qué útil fuera una resurrección de la doctrina *vivista* en esta época de anarquía filosófica!»

Para rebatir estos asertos, usaremos de nuestra razón y nuestro criterio; pero, seguros de no hallarlos mejores en otra parte, nos atendremos á los mismos datos que los Sres. Laverde y Menéndez y Pelayo nos proporcionan.

Luis Vives es, á los ojos de Laverde, un filósofo *eclético* que «combinó el oro que extrajo de la escolástica *decadente* con lo más acendrado *de otros sistemas*»; que «cristianizó la filosofía *renaciente*»; del que «procede toda la filosofía moderna anterior á Kant, lo mismo en lo bueno que en lo malo»; de quien «la Europa entera es *discípula ingrata*», y al que «España debe estimar como la más elevada personificación de su genio científico», y ver en su sistema «el molde

más á propósito, por lo *conciliador y comprensivo*, para reducir á *unidad armónica* las diferentes teorías de nuestros doctores, y de esta manera dar cuerpo *visible* á la *filosofía nacional*».

Y para Menéndez y Pelayo, Vives es «el más *prodigioso* de los obreros del *Renacimiento*», «renovador del *Método* antes que *Bacon* y *Descartes*, iniciador del *psicologismo escocés*, *conciliador* y prudente aun en la obra de *demolición que había emprendido*», que «tronó contra las *sofisterías de la escolástica*», y «clamó como ninguno contra la *barbarie de la escuela*», y que «*sustituyó con un sistema completo el antiguo*», siendo punto de partida «*de un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes*», puesto que nacieron del *vivismo*, el «*peripatetismo clásico*, ó *aristotelismo puro*, sin mezcla de *averroismo ni escolasticismo*»; «*el ramismo español*, tendencia de oposición *dura y sistemática* á *Aristóteles*»; «*el onto-psicologismo* de *Fox Morcillo*», «defensor de las *ideas innatas*»; «*el cartesianismo ante-cartesiano*», «*el escepticismo* de *Sánchez*», «*el empirismo sensualista* de *Huarte y Doña Oliva*», «y *pensadores independientes y ciudadanos libres de la república*

*de las letras*», cuya influencia traspasó los límites de la patria, y de la cual «*nacieron la filosofía de Bacon*», «*el cartesianismo*» y «*la filosofía escocesa*», debiendo, por lo tanto, colocarse su nombre «*tan alto como los de Descartes, Kant y Hegel*, porque se ha bautizado con los pomposos nombres de *baconismo, cartesianismo y escuela escocesa* diversos girones del manto de *Vives*».

De propósito hemos subrayado muchas palabras de las que anteceden, para que, fijándose en ellas, pueda conocer cualquiera, por medianamente versado que se halle en ciencias filosóficas, el carácter y significación de Luis Vives; y cuenta que nada hemos dicho de nuestra cosecha; nos hemos limitado á entresacar algo de lo mucho y bueno que de él dicen sus entusiastas admiradores los Sres. Laverde y Menéndez y Pelayo.

Nosotros (juzgando sólo por los datos de estos señores) le admiramos también como un *sabio*, muy superior á *Bacon* y á *Descartes*, *sembrador*, *no ya de ideas, sino de sistemas á granel*, como le llama Campoamor; pero, por lo mismo, nos limitamos á admirarle y no queremos resucitar su sistema.

Si al árbol se le conoce por sus frutos,

como dice el Evangelio, ¿qué deberemos pensar de un árbol cuyos frutos son el *empirismo baconiano*, la *duda cartesiana*, el *psicologismo escocés*, el *aristotelismo no purificado por los escolásticos*, el *anti-aristotelismo*, las *ideas innatas* y hasta el *escepticismo* y el *sensualismo*?

Sin duda que su nombre será de gran peso para probar al Sr. Azcárate y al Sr. Revilla que hubo filósofos españoles muy ilustres, muy originales, muy fecundos; que los filósofos extranjeros más célebres no hicieron más que plagiarlos, echando á perder sus invenciones; es más: que, dado el tiempo en que florecieron, hicieron mucho bien, ya conteniendo y encauzando las asoladoras corrientes que devastaban los campos de la ciencia, ya fustigando inveterados abusos; pero.... ¡resucitar su *doctrina*! ¡declararse *vivista* hoy! ¡pretender que la *filosofía española* sea el *vivismo*!.... Por los clavos de Cristo, que aún hay *tomistas* en España.

No; ni el *lulismo*, por más respeto que nos merezca; ni el *suarismo*, que como sistema *filosófico* no puede distinguirse fundamentalmente del *tomismo*; ni el *vivismo*, por importancia que le concedamos, pueden, ni

aspirar al título de *filosofía española por excelencia*, ni á resucitar como remedio definitivo y como arma irresistible contra las modernas filosofías que algunos de ellos engendraron.

En vano pretenderá el Sr. Menéndez engalanarlos con ajenas galas, presentando como discípulo de *Vives* á *Melchor Cano*, que es *tomista* de pura raza, ni elevar á las nubes el *congruismo*, sistema *teológico* acerca de la gracia incapaz de competir con el que sobre la misma cuestión ofrece el *tomismo*.

En vano censura á los *neo-escolásticos* que prefieren *Liberatore* ó *Sanseverino* á *Sánchez* ó á *Huarte*. No es posible que lo desconozca. La religión única informó la única filosofía, y resultó el *escolasticismo tomista*, que es la filosofía cristiana por excelencia, que, completada por la Revelación, forma, como hemos dicho, un organismo vasto, profundo y elevado, que se llama la *teología escolástica*, en que tan alto rayaron los colosales ingenios que florecieron en España, cuyas doctrinas y cuyos nombres es necesario recordar para proclamar la existencia de la *ciencia española*; para demostrar que esta *ciencia* fué la más alta manifestación de

nuestro genio, y para asegurar que en la ruina de toda verdadera filosofía á que asistimos, debemos volver los ojos á esta *ciencia* como remedio á tanto daño.

No somos solos, por fortuna, los que así pensamos; el P. Zeferino, en sus *Apuntamientos sobre una Biblioteca de teólogos españoles*, regocijándose ante la idea de que se iba á formar una sociedad literaria con objeto de publicar una *Biblioteca de filósofos españoles*, objeto á sus ojos «patriótico, digno y elevado», por «no ser él de los que miran con injustificado desdén la filosofía española», ni de los que «afirman que no merece figurar al lado de la de las otras naciones», ni «asentir al dictamen de los que parecen estar persuadidos de que la filosofía española carece de todo mérito y originalidad», se pregunta, sin embargo, «si no sería más conveniente, más útil y hasta más patriótico publicar una *Biblioteca de teólogos españoles*», y se decide por la afirmativa, porque «cualquiera que sea la opinión que se adopte sobre la importancia absoluta ó relativa de la filosofía española, es innegable que el movimiento filosófico realizado en la Península Ibérica no puede ponerse en parangón

con el movimiento teológico que comunica especial brillo á la historia eclesiástica de España, y siempre será preciso reconocer que la importancia de la filosofía en España es muy inferior á la de la teología española, la cual se puede decir, con razón, que ocupa un lugar, no sólo preferente y distinguido, sino acaso el primero en la historia de las ciencias teológicas»; «porque la verdad es, añade el sabio Dominico, que si España puede presentar algunos filósofos más ó menos recomendables y distinguidos, no puede presentar escritores que rayen tan alto en filosofía como rayaron en teología Torquemada, los dos Sotos, Cano, Carranza, Molina, Suárez, Vázquez, Alfonso de Castro, Pérez de Ayala, Báñez, Lemos, Valencia, con tantos otros que dieron gloria inmortal á nuestra patria».

«Sin duda alguna, continúa el obispo de Córdoba, que una *Biblioteca de teólogos españoles* que, arrancando de San Isidoro y Tajón y pasando por Juan de Torquemada, con otros teólogos de los siglos XIV y XV, y después por los grandes teólogos del siglo XVI para terminarse en el siglo XVII, ya que no se quiera continuar hasta el XVIII con el ora-

toriano Calatayud, sería un monumento literario digno de la gran nación que en siglos anteriores figuró al frente de las demás.»

Así, pues, no vacilaremos en repetirlo, aunque sea enfrente de adversarios tan temibles por lo eruditos como los Sres. Laverde y Menéndez. Proclamen en buen hora la superioridad científica de España sobre las demás naciones; afirmen una y otra vez que la intolerancia religiosa y la Inquisición favorecieron, en vez de coartar, el libérrimo vuelo de la ciencia; aseveren que el genio español es de suyo filosófico y profundo, sin estar tocado de la ligereza francesa, de la nebulosidad alemana, ni de la lentitud inglesa; exhiban como nacionales glorias, en testimonio de esta verdad, los nombres ilustres de *Séneca*, de *Lulio*, de *Vives*, y hasta los de *Averroes* y *Maimónides*; vindiquen el nombre de *Vives* del olvido que sobre él pretenden esparcir los discípulos de Sanz del Río; celebren su genio poderoso, su maravilloso saber, su buen juicio, sus sanos propósitos; recuerden, para justificarle, la decadencia á que por entonces habían llegado algunas ramas desgajadas del tronco vigoroso de la escolástica; pero no traten,

por Dios, de *sincretizar* en un eclecticismo *vivista* todas las escuelas españolas, reivindicando como glorias de España el *empirismo de Bacon*, la *duda de Descartes*, el *psicologismo escocés*, ni los demás errores ó verdades incompletas que sucedieron al abandono de la *escolástica*; y, sobre todo, no traten de hacer olvidar, presentando á *Vives* como superior á *Soto*, á *Suárez*, ó á *Melchor Cano*, y al *vivismo* como superior al *tomismo*, que la doctrina de Santo Tomás, único organismo completamente científico y católico, fué, si no por casualidad de su nacimiento, por *derecho de conquista*, la *filosofía española*, como la llamó Leibnitz; la que hizo brillar á Juan de Torquemada en Basilea; la que predicó Vicente de Ferrer en toda Europa; la que fomentó Cisneros y restauró Francisco de Victoria, el Sócrates de la teología española; la que inspiró á Diego de Deza, el protector de Cristóbal Colón; la que inmortalizó á Carranza, el gran campeón del Concilio de Trento; á Domingo Soto, el encargado por los Padres del mismo Concilio de redactar sus decisiones y decretos; á Pedro Soto, el restaurador de las universidades de Dillingen y Oxford, el primer teólogo de Pio IV

en el Concilio Tridentino, que le calificó de «príncipe de los teólogos», y que pareció, según dice Palavicini, que quedaba sumido en la obscuridad con la muerte de una de sus mayores lumbreras; la que profesó Melchor Cano, que, pensando como Santo Tomás, escribía como Cicerón; la que formó á Báñez y á Lemos, á Salmerón y á Láinez, á Pérez Ayala y á Juan de Santo Tomás y al gran Suárez, que, lejos de proponerse separarse de Santo Tomás, le siguió en su filosofía y pretendió no apartarse de él en sus innovaciones teológicas; la que se enseñó en nuestras universidades de Salamanca y Alcalá; la que dió dirección y guía á nuestros místicos como Santa Teresa y Fr. Luis de Granada, y la que inspiró á nuestros artistas, dándonos, entre otras obras maestras, el gran lienzo de Zurbarán, en el que el Emperador de las Españas y el clero secular y regular español y la nobleza de Castilla asisten de hinojos al *Triunfo de Santo Tomás de Aquino*.

¡Que no procuren hacerlo olvidar, por Dios; antes bien, dediquen su maravilloso saber y su incontestable talento á recordarlo; que sólo así podrá renacer en España el

estudio de la teología filosófica, de la filosofía escolástica, y, con ella, nuestra grandeza intelectual, moral y política; sólo así volverá á florecer, como floreció en otros tiempos, la *ciencia española!*

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

